

LA AMENAZA DEL GOLPE

La amenaza de un golpe de Estado es, en sí, un golpe de Estado. Si se gobierna para evitarlo, si los partidos de la oposición actúan con el temor de que se produzca, si el ciudadano vive con esa preocupación, es indudable que no se gobierna con normalidad, o con la audacia que requiere una situación social y económica crítica, que el Parlamento está limitado y que el ciudadano siente una restricción en su actividad y en su libertad. ¿Existe esa amenaza? Existe más bien un clima, un ambiente. De ninguna de las declaraciones hechas por los altos jefes militares a raíz de los atentados que causaron muertos en sus filas se deduce nada comparable a una amenaza. La lógica tampoco permite deducirlo. En la situación nacional e internacional de España, el establecimiento de una dictadura fuerte no representaría ninguna solución. No sería viable, a largo plazo; y ciertas ventajas que se han obtenido también en los dos órdenes, el nacional y el internacional, se vendrían abajo, sin una visible alternativa constructiva. Lo que sí se deduce de las declaraciones citadas es que a los cuatro tenientes generales que hablaron, y probablemente a muchos más que se mantienen en el silencio, no les gusta lo que está sucediendo en España. No es extraño: no le gusta a nadie. España está en el centro de una crisis. La amenaza, sobre todo el clima, el ambiente, se está produciendo por la explotación de declaraciones y circunstancias, por la falta de respuesta práctica del Gobierno y de los partidos, por la escasez de las salidas. La explotación es fuerte, y es temible. Es un fuego cruzado: por una parte, el terrorismo que golpea la parte sensible con tenacidad. El terrorismo también es un golpe de Estado, con una técnica diferente: trata de hacer imposible una forma cívica de coexistencia, un Gobierno y hasta un régimen, perturbándolo de tal manera que tenga que alterar su actuación normal. El otro fue-

go, aun siendo ideológicamente opuesto al terrorismo, es el que magnifica su alcance, el que crea el clima de angustia y de ansiedad, el que fomenta el golpe. El que mantiene la posibilidad de la amenaza. Parece que los dos son, hasta ahora, invulnerables. El terrorismo, porque no se ha encontrado la manera de paralizarlo, de desarticularlo. El otro, porque está protegido por los mecanismos de libertad de la democracia a la que combate.

CUANDO se buscan soluciones, la obvia, la inmediata, pero también la utópica, no es más que una: salir de la crisis. Terrorismo, golpismo o fascismo son, siempre, fenómenos de crisis. Pero la crisis española es de una naturaleza muy profunda y muy equívoca. Es una crisis de crisis, un cruce de problemas, un nudo de problemas. Como es costumbre ahora, y en todo el mundo, se superpone la crisis económica, que, a su vez, es una crisis de crisis: la herencia de una degradación, el desasimilamiento de los mecanismos internacionales que en otros países europeos tienden a paliar las dificultades, la escasez y la carestía de la energía eléctrica y de otras materias primas, el rebote sobre el país más débil de las crisis económicas de los demás. La crisis económica se potencia, como es una ley, en la crisis social, a cuyo complejo se añaden otros datos: la precariedad de nuestra industrialización, el abandono antiguo de la agricultura, la falta de preparación cultural —de su cultura— de los empresarios, la escasez de productividad; también la falta de preparación cultural laboral de los trabajadores. Todo ello, crisis económica y crisis social, se proyecta en una forma de lucha de clases. No se puede dejar de ver en el fondo de la situación española un problema de lucha de clases, que quedó larvada o contenida cuando, en una hora de abundancia mun-



El teniente general Gabeiras, jefe del Estado Mayor del Ejército, durante su visita a centros militares de Tenerife.

LA ESTATUA DE SUAREZ

dial, llegó a España un ramalazo de consumismo, pero que a la hora de la dificultad se potencia. Hay una clase alta que reacciona con fuerza contra sus pérdidas, una clase media que está en peligro de desclasamiento, una clase baja que ve disminuir constantemente su poder adquisitivo y se ve también desclasada, en peligro de ser arrojada al "lumpen".

Todo ello repercute en una desagregación de la sociedad. Hay una crisis de relaciones humanas en todos los aspectos: al hacerse competitiva, o al agudizar esa competición que ha tenido siempre, el ciudadano mira al ciudadano como un competidor. Alguien que le puede quitar algo. Añadamos a esto la crisis de los valores antiguos, de la religión a la revolución, pasando por creencias sustitutivas —como la que se pudo profesar por la ciencia y la técnica, o por la filosofía consoladora—, la desconfianza por los magisterios, el rechazo de los mitos, y tendremos un cuadro desolador.

LA respuesta conservadora es típica: "Volvamos a lo de antes". Es la elaboración de otro mito. Si "lo de antes" hubiese sido viable, o hubiese sido la no-crisis, no habría perecido con la figura de su fundador; y pereció mucho antes. Parece que a todas estas crisis hay que añadir una crisis de la memoria. El clima de insoportabilidad que se está fabricando ahora es todavía inferior al clima de insoportabilidad en que se estaba con el régimen anterior. Una vuelta a las condiciones anteriores no produciría más que un remedo, una imitación de aquellas condiciones: el grado de insoportabilidad aumentaría.

LA respuesta democrática parece también sencilla: ahondar en la democracia. La democracia es, teóricamente, la buena administración de lo que hay y el estímulo para mejorar. Esta sencillez es muy difícil de conseguir. Sobre todo cuando la oposición principal no es una oposición dentro de la democracia, y con sus datos evidentes —elecciones, Parlamento, creación firme de una opinión pública—, sino una oposición antidemocrática, desde fuera del sistema. Temas como el terrorismo y como la amenaza del golpe están actuando sobre el sistema desde fuera: lo están modificando, lo están tergiversando. Son ya un golpe, como se decía al principio, porque impiden el libre desarrollo de un sistema democrático de gobierno.

HAY muchas responsabilidades que pedir en este sentido al Gobierno de UCD. Una de ellas su retraso en la legislación democrática, a partir de la Constitución misma; otra, su irresolución ante cada uno de los grandes temas que se plantean y su tendencia a arrojar cebo a los grupos conservadores, que no se conforman. Es curioso que hoy el Gobierno de derechas de Adolfo Suárez, con una actuación continuamente derechista en todos los terrenos, esté sostenido por la izquierda, que ve en él una salvaguarda casi supersticiosa de otras amenazas peores, y atacado dura, diaria, reciamente, por la derecha. Que es siempre insaciable. Todo esto es lo que produce la sensación de falta de autoridad, de falta de entereza y dirección del Gobierno.

PROBABLEMENTE el golpe con el que amagan los creadores del clima y del ambiente no se produzca nunca. Pero los efectos de la amenaza se están produciendo ya: y a su favor. ■

IRIA Suárez a la grupa del caballo de Pavía si el fantasma del general entrase de nuevo en el hemicycle de las Cortes para destruir la democracia? La frase de Alfonso Guerra ha hecho fortuna (buena y mala). Guerra es un "enfant terrible" de la izquierda, como Fraga lo es de la derecha. Pero Guerra tiene un ingenio verbal a la andaluza, y Fraga no ha heredado el suave humor galaico (Castelao, Camba, Fernández Flórez); Fraga no ha heredado nada suave. Le meten en Vernel y se queda tieso y áspero. Es lógico: teniendo una visión del Apocalipsis cada día no se puede ser de otra manera.

Se le reprocha mucho a Alfonso Guerra su frase. Pero se repite. Mal asunto. Cuando una frase se queda en la calle es que algo tiene: algo más que la superficialidad. Tiene, sobre todo, una plasticidad: se ve. Se cierran los ojos y se ve a Suárez a la grupa de Pavía, con su gesto interesante, bien agarrado al pecho condecorado. Lo dudoso es que Pavía aceptase. Eduardo Frei no consiguió saltar a tiempo a la grupa de Pinochet para entrar en la Moneda de Santiago de Chile: y eso que él mismo había enjaezado el caballo, le había afianzado las herraduras. Lo que se puede pensar es que si lograra izarse a la grupa, y agarrarse bien, Suárez no se caería. Fraga quizá sí. Pesa demasiado y no cesaría de gritar al caballo y a Pavía, hasta que se convirtiese en un huésped demasiado molesto. Montaría a horcajadas. Suárez, en cambio, montaría a la amazona. Es así como tengo la visión que me suscita Alfonso Guerra. Montaría como una duquesa frágil y cariñosa en la Feria de Sevilla.

Si en vez de ver se piensa, se puede imaginar la imagen al revés: la de Suárez delante y el general Pavía a la grupa, detrás. Y Fraga de palafrenero, llevando por el ronzal al espantoso grupo ecuestre.

En todo caso, no parece que esta imagen o cualquiera de las variantes posibles vaya a producirse en lo inmediato. Ni en lo futuro. Suárez seguirá cabalgando solo. Hay columnistas que compadecen su soledad, su aislamiento. Un error. Suárez está todo lo solo que quiere estar, que le conviene estar. Le gusta presentarse como una figura única, como una figura imprescindible. No hay estatua ecuestre, no hay grupo montado, no hay clarines del Séptimo de Caballería. Es más bien la estatua de Colón, señalando con un dedo al infinito. ¿Qué hay en el infinito? Otra estatua de Colón-Suárez señalando con el dedo al infinito, donde hay otra estatua de... ■

POZUELO